

Agradeced la fineza
á la señora.

(A los oficiales de su comitiva.)

Que nadie
siquiera á tocar se atreva
los harapos de ese anciano.

(A Paulina.)

¡A Dios, Paulina!

PAULINA.

¡A Dios!

(Sale con su comitiva.)

LECLERC (al estado mayor.)

¡Ea!

¡el consejo! ¡trabajemos!

las circunstancias apremian.

ESCENA VIII.

Los mismos menos PAULINA.

(La tienda del estado mayor está abierta en la escena. Algunos soldados hacen con tambores una mesa, que la cubren con mantillas de caballos. Se colocan encima de la mesa papeles, mapas y plumas. El general Leclerc y cinco ó seis generales se sientan en tambores. Isaac y Alberto, detras de ellos, asisten al consejo. Los ayudantes de campo y los oficiales de ordenanza están en pié, formando un grupo detras de los generales. Las cortinas de la tienda están levantadas por el lado que mira á la cabaña de Toussaint. Este está sentado á la puerta de su choza, apoyado en el hombro de Adriana que finge estar cosiendo pedazos viejos de esteras rotas.)

LECLERC. Oigamos el informe.

SALVADOR (leyendo.)

«La zozobra
sin cesar los espíritus domina.

«El soldado se muestra descontento,
y siempre inquieto el oficial medita;

«el negro espera, y el mulato duda,
y de opinion en opinion vacila.

«Ni la mas leve resistencia encuentran,
recorriendo el pais, varias partidas;

«mas de Toussaint se ignora el paradero,
y ningun fruto dan nuestras pesquisas.

«Se cree que en las breñas y gargantas,
por hosques y por olas defendidas,

«do eleva el Caos sus altivas crestas,
la insurreccion sin respirar se abriga.»

LECLERC.

Vuestro dictámen quiero oír, señores.

BOUDET.

El mio en dos palabras se consigna:

Avanzar y luchar.

FRESSINET.

¿Luchar? ¿acaso

sabemos contra quién? Toda la isla

tenemos sometida; está el apuro

en que nadie nos reta ni hostiliza.

¿Y si acaso la paz sincera fuese?

el volcan sosegado que dormita

con un grano de arena que se le eche

en irrupcion estalla repentina.

Sin quemar un cartucho, nos es dado

tomar las posiciones que dominan

el pais todo entero, acostumbrando

á este pueblo, que atónito nos mira,

á ver que de legítimos señores

vamos tomando la actitud altiva.

No es mas que una costumbre la obediencia;

¡mandémos! negro ó blanco el pueblo humilla

ante el que cree su señor la frente.

FERRAND.

El consejo que dais bueno seria

en nuestra Europa corrompida y torpe

y á mil necesidades sometida.

Aquí no hay mas que un medio, un solo medio;

talad los campos, no dejéis semilla;

con nuestros numerosos batallones

formad un cerco, una muralla viva,

y así bajo el cañon de las ciudades

vendrán miles de miles de familias,

pidiendo por piedad pan y cadenas.

ROCHAMBEAU.

Es vuestra idea repugnante, impía...

¡Oh! ¡combatir un pueblo con el hambre!

¡poner en nuestra historia esta mancilla!

Prefiero á tal victoria la derrota.

No, no me engaño, yo bien sé en qué estriva

la fuerza de los negros que orgullosos

en vano al nombre de nacion aspiran.

Este pueblo es un niño; está su fuerza

en el hombre no mas en quien confía.

Combatid la nacion en solo un hombre;

conceded á Toussaint cuanto os exija;

aprovechaos del actual momento

en que su doble corazon vacila;

cautivad con riquezas sus sentidos;

apoderaos de él ya que os evita.

Ese hombre es solo una nacion entera.

- LECLERC. ¿Cómo descubriremos su guarida?
Emisarios sin fin van en su busca,
y todos vanamente se fatigan.
- ROCHAMBEAU. Do el elefante se detiene, pasa
sin contratiempo la pequeña hormiga.
Si es sospechosa en manos de los blancos
la carta que quereis se le remita,
buscad para llevársela un mendigo,
que sus recelos disipar consiga,
un negro que entre negros se deslice,
y de Toussaint oculte á la malicia
el emisario que evitar pretende.
- LECLERC. ¿Mas do este negro hallar de tal codicia,
que por un vil y misero salario
del alma de Toussaint rete las iras?
- ROCHAMBEAU (*indicando á Toussaint.*)
Ved bajo esos harapos á ese ciego
de la miseria hundido en la sentina.
¿Qué de Toussaint le importan los enojos
á un ciego ya caduco que mendiga?
Haciéndole entrever un gran tesoro,
el mismo rayo á provocar iría.
- LECLERC. ¿Quién? ¿ese pobre anciano, á quien dispensa
su proteccion benéfica Paulina?
Que se acerque.

(*Aparte.*)

A menudo de mi esposa
es la bondad la mas segura guia;
á menudo el destino recompensa
la generosidad que ella me inspira.

(*Alto.*)

Yo interrogarle quiero,
(*A un ayudante de campo.*)
que se acerque;
que sin temor le traiga aquí su hija.

ESCENA IX.

Los mismos, TOUSSAINT, ADRIANA.

TOUSSAINT (*conducido por Adriana, afectando mucho respeto y miedo.*)

¿A do vamos?... ¿do estoy?... ¿qué se me quiere?
¡Perdon, blancos! ¡perdon!

LECLERC. ¿Qué os intimida?

- Es para vos muy generosa mano
tal vez la mano que os parece impía.
Os hallais...
¿Ante quién?
¡Triste aparato!
- ADRIANA. Ante el gobernador que os necesita.
- LECLERC. ¿Ante el gobernador? ¡cielo! ¿es posible!
- TOUSSAINT. ¡Yo, á quien el siervo mas abyecto humilla!
El poderoso, cuando vé un insecto,
solo aplastarle bajo el pié se digna.
- LECLERC. Nada temais. En la ilustrada Europa
solo piedad el desgraciado escita;
quien sirve á la república fielmente
es el único grande ante su vista.
¿Quereis servirla vos?
- TOUSSAINT. ¡Yo, pobre y ciego,
que al término ya toco de la vida!
¡Al menos no os burleis del vil gusano
que en el hediondo lodazal se agita!
- LECLERC. ¿Yo burlarme de vos? Si tal hiciese,
mía fuera y no vuestra la ignominia.
- TOUSSAINT. ¿En qué serviros puede un desgraciado
á quien sirve de báculo una niña?
- LECLERC. Pues cuanto mas enfermo y andrajoso,
cuanto mas se os abata y os deprima,
mas convenis, anciano, á mis proyectos.
La poderosa Francia necesita
que á manos de Toussaint un pliego llegue,
de que depende acaso vuestra dicha,
la de la Francia, la del mundo entero.
- LECLERC. Bien sé que es la mision comprometida,
sin que en ella emplear me sea dado
hombre alguno que escite su malicia.
- TOUSSAINT. Un negro se requiere que, el misterio
ocultando que lleva, se dirija
á Toussaint, que le busque donde quiera,
y una carta le entregue en su guarida.
Si por desgracia el mensajero muere,
la rica Francia adoptará su hija;
si regresa, los blancos, como hermanos,
le señalarán puesto en su familia,
fijando sobre el público tesoro
una pensión segura y vitalicia.
- LECLERC. Reflexionad, reflexionad, anciano.
- TOUSSAINT. Quien cede á tal propuesta se suicida;
pero en la suerte de mi hija pienso,

y ella sola decide de la mia.
 Si ella la paga de mi sangre obtiene,
 toda la verteré con calma fria.
 ¡ Iré pues !

ROCHAMBEAU. Noble anciano !

TOUSSAINT. Sí, la muerte,
 la muerte será el colmo de mi dicha.

LECLERC. ¿ Vos conocéis al hombre á quien os mando ?

TOUSSAINT. Aunque su posicion es tan distinta
 de la mia, señor, los dos nacimos
 en un mismo bohío, y largos días,
 largos años sirviendo al mismo dueño,
 aun abiertas llevamos las heridas
 que ambos al mismo látigo debimos.
 Con la cerviz al mismo yugo uncida,
 las mismas cuerdas nuestro cuello hollaron,
 nuestros tobillos las cadenas mismas.

ROCHAMBEAU (*aparte.*)
 El alma centellea en su semblante;
 su voz salvaje aterradora vibra;
 me parece á propósito ese anciano
 para empresas espuestas y atrevidas.

LECLERC. ¿Cuál es su sentimiento hácia nosotros ?

TOUSSAINT (*estremeciéndose.*)
 ¿ Quereis decir... si os odia... ó si os estima ?
 (*Lentamente y meditando su respuesta.*)
 Hasta el mismo Toussaint quizás lo ignora.
 Entre el amor y la aversion vacila
 su raro corazón, que es un abismo.
 do nunca descendió su propia vista.
 El respeto que tiene á los franceses
 por sus triunfos y rápidas conquistas,
 el amor de sus hijos, el orgullo
 que su color por reaccion le inspira,
 el recuerdo del yugo que ha sufrido,
 en direcciones mil y mil le tiran,
 y su carne y su sangre muchas veces
 que luchan con sus huesos se diria.
 (*Los generales se miran con asombro.*)
 El grito que ha de dar aun no ha resuelto,
 será su decision muy repentina;
 cualquiera entonces que su grito sea,
 resonará en la tierra estremecida.
 (*Los generales se asombran de nuevo.*)
 No os admire, franceses, este abismo
 en que los negros buscan y analizan

sus sentimientos íntimos en vano.
 Nuestra alma de la vuestra es muy distinta.
 No os dió á vosotros al nacer la suerte
 ninguna ofensa que vengar inícuo,
 y no os amamantaron vuestras madres
 con filtros de dolor y de ignominia.
 En el mundo al nacer teneis un puesto,
 ancho como la atmósfera en que gira
 sin obstáculo el águila potente,
 un puesto en el banquete de la vida.
 No hallan contradiccion vuestros instintos;
 en vuestras almas resplandece el dia;
 pero la nuestra es una noche oscura,
 do las pasiones en tropel germinan.
 Barreduras del mundo, cuánto tiene
 la tierra de pureza ó de inmundicia
 con nuestras almas mézclase y fermenta
 al fuego oculto de pasiones vivas,
 y fecunda la tierra ó la consume,
 segun es la pasion que predomina.
 Nube que lleva proceloso el viento,
 bronce en fusion, tan solamente indica
 por la esplosion lo que es.

ROCHAMBEAU. ¡ Oh ! ¡ qué lenguaje !

BOUDET. Esa profunda voz que aterroriza
 es la voz del Océano que brama,
 es la lava que hierve derretida.

ROCHAMBEAU. ¡ Y una raza que en hombre semejante
 tiene un acento tal vivió proscrita !

LECLERC. Volvamos á Toussaint. ¿ Ama á su patria ?

TOUSSAINT. No amándola, su nombre no sabríaís.

LECLERC. ¿ Y su mujer ?

TOUSSAINT (*olvidando un momento el papel que finge.*)
 ¡ Murió ! ¡ murió !... los monstruos...
 (*Escusándose repentinamente.*)
 Perdonad; yo los nombres repetia
 que arrancó de su pecho el sentimiento,
 cuando á la compañera de su vida
 de hambre mataron sin piedad los blancos.

LECLERC. ¿ Sus hijos ?

TOUSSAINT (*con un transporte mal contenido.*)
 ¿ Preguntáis si les queria ?
 ¡ Cómo ! ¿ no se ama en toda humana raza
 la médula en los huesos contenida
 y la sangre en las venas encerrada ?
 ¡ Pobres ramas del tronco desprendidas !...

¡ Si ama á sus hijos! ¡ ah! ¡ si él os oyera!...

(Con indignacion.)

¡ ni á Dios, ni al mismo Dios responderia!

(Despues de un descanso.)

¿ Por quién, pues, tan abyecto y miserable cara á cara miró la tiranía?

¿ Por quién valiente sacudiendo el yugo

y la dura cadena haciendo trizas,

contra la libertad jugó su sangre?

¿ Era acaso por él, cuyas pupilas

el sueño eterno eclipsará muy pronto?

Si dió á los negros, á una inerte arcilla,

la voluntad y el alma de los libres,

de que en su servidumbre carecian,

fué por dejar á sus queridos hijos

la plenitud del venturoso dia

de que él gozó el crepúsculo tan solo;

para que ellos, gozando las delicias

del suspirado bien que les prepara,

confundan en la misma idolatria

su independenciam y su glorioso padre,

y al recordar sus hechos le bendigan.

ALBERTO *(bajo á Isaac.)*

Llora.

ISAAC *(bajo á Alberto.)*

Y á mi los ojos se me anegan

y las lágrimas surcan mis mejillas.

TOUSSAINT *(recelando que su sensibilidad le haya descubierto.)*

Así hablaba Toussaint, cuando á las armas

con denodado corazón corria.

LECLERC.

Proseguid.

TOUSSAINT.

¡ Sus dos hijos! me parece

que viéndoles estoy cuando crecian

junto á él, codiciando su ternura.

De igual belleza, mas de edad distinta,

era negro el mayor, mulato el otro

y el amor de Toussaint se repartian.

Les estrechaba sin cesar ¡ ay! y eran

teatro de sus juegos sus rodillas,

adorando á su Alberto cual su noche,

adorando á Isaac como su dia.

El retrato buscaba en sus semblantes

de sus dos madres por su mal perdidas.

El uno era su Alberto: destinado

á muy nobles pasiones parecia;

como en terso cristal se reflejaba

en él el alma de Toussaint altiva.

El otro era Isaac, un tierno niño

con el dulce carácter de una niña;

abrazaba á su padre cariñoso,

y á este derretian sus caricias,

y á menudo decia al ángel bello

mientras se embelesaba en su sonrisa:

«Será Alberto mi gloria, y tú, ángel mio,

tú me amarás.»

(Con ternura.)

Su corazón de acibar

llenan estos recuerdos... ¡ pobrecitos!

(Estendiendo los brazos.)

¡ Oh mi Alberto! ¡ Isaac!... Perdon, queria

á los dos como un padre...

(A estas palabras Alberto cree reconocer la voz de su padre, y se levanta como sobresaltado de la mesa en que se apoyaba con el codo, haciendo un movimiento instintivo como para responder y precipitarse hácia Toussaint.)

ALBERTO.

¿ Qué voz esa?

si no me asesorase con la vista,

diria que esa voz es de mi padre...

ISAAC *(acercándose á Toussaint.)*

¿ Nos conocéis vos pues?

SALVADOR *(á Isaac.)*

¡ Silencio! ¡ quita!...

TOUSSAINT *(abriendo convulsivamente los brazos para abrazar á Isaac, y volviéndolos á cerrar repentinamente por reflexion.)*

¿ Qué habeis dicho?... ¡ Yo!... ¡ Vos!... ¡ No, no os conozco!

LECLERC *(á Salvador.)*

Separad á ese niño, que no impida

al ciego responder.

(Separan un poco á Isaac.)

Si él recibiese

de sus amados hijos la noticia

de que á sus brazos volverán; si en cambio

de la paz que desea en estos climas,

sus dos hijos la Francia le entregase,

¿ á ese don de una madre compasiva,

entre la estéril ambicion del jefe

y la dicha del padre oscilaria?

TOUSSAINT.

¿ Sus hijos?... ¡ Oh! ¡ yo siento!...

(Rectificándose en seguida.)

No, me engaño...

Quiero decir, yo creo que la vida

en cambio diera de un abrazo suyo,
¡la tierra, el cielo, todo lo daría!

LECLERC (á Rochambeau.)

¡La pluma, general?

(A Toussaint.)

Vos, aquí quieto;
de vuestra hija labrareis la dicha.

ESCENA X.

Los mismos, UN AYUDANTE DE CAMPO, MOISES.

UN AYUDANTE DE CAMPO (abriéndose paso entre la multitud para llegar al estado mayor, conduce de la mano á Moises.)

¡Dejadnos pasar, señores!
este que viene conmigo,
aunque negro, es un amigo.

(Se le deja libre el paso, y conduce al general Moises al gobernador. Este se levanta.)

Es uno de los mejores
generales de Toussaint;
con las tropas de su mando
se ha pasado á nuestro bando.

LECLERC.

Nos damos el parabien.

¿Vuestro nombre, general?

MOISES.

Moises, de Toussaint sobrino.

LECLERC.

¡Feliz sorpresa!

MOISES.

Adivino

sorpresa tan natural.

Sobrino de Toussaint digo,

y á sus consejos llamado,

pero el amigo jurado

de todo el que es su enemigo.

Que Toussaint de nuestros males

ya la medida colmó,

y en fin mi razon rompió

los vínculos fraternales.

¡Yo siervo de tal señor!

¡yo humilde lamer su mano!

¡No! tirano por tirano,
el mas grande es el mejor.

A vuestras filas me lanza

solo el odio que le tengo,

y para serviros vengo,

sirviendo así mi venganza.

¡Oh! conozco bien su ardid;

nada omito, nada callo;

en inteligencia me hallo

con muchos jefes.

LECLERC.

¡Decid!

¿Cuáles sus designios son?

Combatiros sin piedad.

MOISES.

LECLERC.

¿Por quién? ¿por la libertad?

MOISES.

¡No, por él!

LECLERC.

Tiene ambicion!

¿En qué confía?

MOISES.

Confía

en que al cabo os cansareis,

pues nada conseguireis

batallando noche y dia.

LECLERC.

¿Su estrategia?

MOISES.

Las celadas.

LECLERC.

¿Su táctica?

MOISES.

El tiempo solo;

la astucia, el fraude y el dolo;

esas dudas prolongadas

que siembra muy hábilmente;

su espíritu, que do quiera

que le busqueis, está fuera,

y do quier que no, presente;

este pueblo prosternado,

disponiendo él de su calma,

su secreto que en el alma

lo tiene siempre encerrado;

Haití, que en él su fortuna

fia no mas, porque le ama...

LECLERC.

¿Qué otras manos de su trama

tienen los hilos?

MOISES.

Ninguna.

LECLERC.

¿Do se le puede encontrar?

¿con qué asechanzas se puede

capturarlo, si no cede?

MOISES.

No hay mas medio que cercar

la cueva en que se metió,

el antro que escogió oscuro,

creyéndole el mas seguro.
LECLERC. ¿Quién le descubrirá?
MOISES. Yo.
LECLERC. ¿Vos!... ¿Qué digna recompensa exigis? ¿qué beneficio por este inmenso servicio?
MOISES. Tambien mi saña es inmensa. Que satisfacerla tengo, pues me quema el corazon.
LECLERC. ¿Hombre singular!
MOISES. Traicion
LECLERC. no hago, general, me vengo.
MOISES. ¿Pues bien!... Decid con sigilo á los aquí convocados con qué indicios mis soldados podrán encontrar su asilo. Indicadnos la morada, el antro, la madriguera, donde se puede á la fiera ahogar.

(A estas palabras Toussaint, por un movimiento insensible y como arrastrándose, se va colocando á espaldas del general Moises, sin que el estado mayor fije en él la atencion. El general Moises mira con precaucion en torno suyo, como temiendo ser oido por un espía.)

No temais nada.
 Aquí no se tienden redes;
 mis oficiales discretos
 son y mudos.
MOISES (en voz baja.) Hay secretos que los oyen las paredes.

(Despues de mirar de nuevo á derecha é izquierda, sin ver á Toussaint que se agacha detras de él.)

¿Oid!—En esas montañas do espesos árboles crecen, y en que solo se guarecen los majáes y alimañas; por los cerros que hay mayores á un antro oscuro se vá...
LECLERC. ¿Y él está allí?

TOUSSAINT (levantándose cuanto puede delante de Moises, deja caer á sus piés sus harapos; sus ojos reaparecen; saca un puñal de su

cintura, y lo hunde en la garganta de Moises, esclamando:)

¡No! ¿que está donde quiera que hay traidores!

(Moises cae de manos contra la mesa del consejo. Todos se precipitan para prender á Toussaint, el cual, á favor de la confusion, gana en tres saltos la punta de la roca que forma el cabo que se eleva sobre el mar detras de la tienda del consejo, y se arroja á las olas. Algunos soldados prenden á Adriana.)

FIN DEL ACTO TERCERO.